

lo de Torquemada, fué reemplazado por inquisidores particulares cuyos poderes extendió Clemente VII. Se conservan las instrucciones segun las cuales procedian, y en ellas se ve por qué crímenes mandaban á los protestantes á la hóguera: no creer en el purgatorio, no creer que San Pedro fuera el príncipe de los apóstoles, no creer que el papa fuera el vicario de Jesucristo, hé ahí los errores, si error hay, de que hacía la Iglesia crímenes capitales (1).

Mientras en Alemania quedó edicto de Worms como una vana amenaza, recibieron en los Países-Bajos las repetidas ordenanzas contra los herejes una sangrienta ejecución. *Erasmus* dice que Carlos V comenzó la obra del verdugo; y en otra parte escribe que el verdugo funcionaba admirablemente en Holanda (2). En tanto que se deliberaba en las dietas de Alemania, se quemaba á los reformados en Brusélas y en Ambéres; y como siempre, los suplicios fueron semilla de herejía: *Grotio* dice que perecieron más de 100.000 protestantes bajo el reinado de Carlos V (3). La matanza es tan espantosa, que la posteridad se ha negado á dar crédito al historiador holandés; mas su testimonio está, á lo ménos en parte, confirmado por los embajadores venecianos, los mejor informados de los contemporáneos (4). Á pesar de este conjunto de pruebas, dudamos de la exactitud de las cifras; pero ¿qué importa? Las relaciones atestiguan, aun suponiéndolas exageradas, que la persecución fué cruel en los Países-Bajos. ¿Por qué no encendió Carlos V hogueras en Augsburgo como lo hizo en Ambéres? Su confesor nos dirá si fué por tolerancia.

El cardenal confesor escribe á su señor que no hay más que dos medios de reprimir la Reforma: los favores para los grandes y la violencia para las masas: esta es, dice, la opinion unánime del sacro colegio. Estas gentes de Iglesia que hablan siempre de caridad aconsejan la crueldad con una frescura admirable y aun emplean burlas dignas de un

(1) GACHARD, *Correspondance de Philippe II*, t. 1, Prefacio, página 108 y sig.—*Mémoires d'HOPPERUS*, publicadas por WAUTERS, p. 207.

(2) ERASMI *Epist.*, p. 963, 1429; «Coepit est carnificina... In Hollandia mire viget carnificina.»

(3) GROTIUS, *De reb. belgic.*, lib. 1, p. 12.

(4) NAVAGERO escribe en 1546 que habían perecido 30.000 protestantes en los Países-Bajos (ALBERI, *Relazioni*, t. 1, p. 359). Otro embajador escribe en 1562 que habían perecido 36.000 herejes (RANKE, *die römischen Päpste*, t. II, p. 17, nota).

inquisidor ó de un verdugo. Nuestro cardenal se complace en emplear comparaciones tomadas de la medicina: la heguera es en su sentir el mejor rui-barbo. El confesor no quiere concilio, convencido de que es una astucia del enemigo y de que los protestantes saldrían más herejes que entrarán. No se coloca, sin embargo, exclusivamente bajo el punto de vista de la Iglesia; consejero de un gran príncipe, dice que la violencia, por legítima que sea, no debe emplearse sino teniendo probabilidades de buen éxito: Carlos V no puede pensar en combatir á los luteranos mientras está en guerra con los Turcos y con el rey de Francia; es preciso concluir una tregua con los unos y una alianza con el otro; entónces tendrá el emperador las manos libres contra los príncipes alemanes; y si le falta la fuerza necesaria para la destrucción de la herejía, debe usar de la moderación y transigir (1).

Hé ahí toda la política de Carlos V. En apariencia, negocia, busca un medio de transacción, abunda en las ideas de los protestantes, pide con ellos la reforma de la Iglesia, insiste en que se convoque un concilio, y aun se muestra dispuesto á hacer concesiones en el dogma. ¡Diplomacia y doblez! El emperador no trata sino de engañar, de adormecer á sus enemigos y de ganar tiempo, hasta que llegue el momento de combatirlos. No quiere esto decir que fuera Carlos V ciego instrumento de las pretensiones de Roma; habría dado de buen grado la mano á una reforma que hubiese debilitado al papa y engrandecido al emperador; pero nunca pensó seriamente en una conciliación sincera de las dos confesiones; su fin era el que le recomendaba el cardenal confesor; la destrucción del protestantismo por la violencia. Escribe, en efecto, á su hermano Fernando «que no consentirá jamás que se cambie ó se altere, en lo que quiera que sea, la fe cristiana en Alemania», (2); y dice «que no se entenderá con los protestantes sino en tanto que á ello se vea obligado», (3). Debía, pues, querer la guerra, único medio de atraer á los reformados al seno de la Iglesia. En vano protestó de que no pensaba forzar la fe (4); estas protestas se diri-

(1) HEINE, *Briefe an Kaiser Karl von seinem Beichtwater*, página 358, 372, 377, 378.

(2) BRADFORD, *Correspondance of the Emperor Charles V*, página 240.

(3) GRANVELLE, *Papiers d'État*, t. II, p. 122.

(4) GRANVELLE, t. II, p. 345. *Lettre au comte de Reux, en Allemagne*.

gían á la candidez alemana; y las promesas y los juramentos no han ligado jamás á los católicos cuando se ha tratado de sus intereses, ó, como ellos dicen, de la causa de Dios. Fernando escribió á su hermano que podía castigar á los protestantes á pesar de las promesas que se les hubieran hecho, porque los compromisos contraídos con ellos no podían aprovechar á los rebeldes (1). No tenía Carlos V necesidad de los consejos de su hermano: «Cuando la religion está en juego, dice á Francisco I, no hay palabra que oblique», (2). Mientras pagaba á los Alemanes con bellas palabras, no perdía un instante de vista el fin supremo de su política, la causa del catolicismo íntimamente ligada al engrandecimiento de la casa de Austria.

No firmó Carlos V un tratado sin insertar una cláusula hostil á los protestantes. Verdad es que la rivalidad entre el emperador y el rey de Francia fué extraña á la religion; los dos monarcas se disputaban el predominio de la cristiandad, y Francisco I no pensaba más que su rival en ponerse á la cabeza del partido de la Reforma; pero estas guerras tocaban, sin embargo, á intereses religiosos en cuanto impedían á Carlos V emplear sus fuerzas contra los protestantes, y por esto cuidó el emperador de estipular en los tratados de paz el concurso del rey de Francia para el restablecimiento de la unidad cristiana. El tratado de Madrid tenía por objeto «convertir las armas comunes de todos los reyes, príncipes y potentados cristianos, á la lucha contra los infieles y á la extirpación de los errores de la secta luterana y de las demas sectas reprobadas», (3). Idéntica estipulación se hizo en el convenio entre el emperador, el papa y el rey de Inglaterra. La posesión del ducado de Milan fué la ambición de toda la vida de Francisco I; y aunque nada tuvieran de comun estos proyectos de conquista con la lucha del catolicismo y el protestantismo, no olvidó un instante Carlos V, en las largas negociaciones que provocaron, los intereses de la religion: quería que el rey de Francia se comprometiera á ayudar enérgicamente al concilio que, segun las miras del emperador, debía obligar á los protestantes á volver á la unidad ca-

tólica; pedía que Francisco I le ayudara á reducir á Inglaterra á la obediencia de la Iglesia romana, y contaba, en fin, con el apoyo de su aliado llegar á someter la ciudad de Ginebra á la fe de Roma (1). Fracasaron estos designios contra el interés del rey de Francia, el cual era el protector nato de los protestantes por la potísima razón de que el protestantismo debilitaba á su rival. Gracias á la increíble ceguedad de los príncipes alemanes, arrastró Carlos V al imperio en 1545 á una guerra contra Francia. ¿Cuál fué el primer pensamiento del vencedor? Un artículo secreto del tratado de Crespy estipuló que Francisco I volvería sus armas contra los protestantes que habían ayudado á Carlos V á obtener la victoria.

Hacia el mismo tiempo, las negociaciones con la santa sede, apenas interrumpidas por la política de Clemente VII, hostil á la grandeza del imperio, llevaron á una alianza del papa y el emperador que estuvo á punto de ser fatal al protestantismo. Ya en 1529 habían acordado en Barcelona Clemente VII, Carlos V y Fernando emplear primeramente los medios de persuasión para atraer á la obediencia á los partidarios de Lutero; mas esto era para salvar la forma, porque el papa y el emperador sabían muy bien á qué atenerse; el tratado añadía, y esta era la cláusula esencial, que, si los herejes se obstinaban en sus errores, se emplearía la fuerza para vengar la injuria del Cristo (2); y el santo padre se comprometió á hacer un llamamiento á todos los príncipes cristianos para que tomaran parte en esta nueva cruzada. En 1530 fué renovado el tratado en Bolonia (3). En 1533 firmaron el papa y el emperador en la misma ciudad una alianza cuyo objeto principal era siempre la reducción de los protestantes, y concluyeron igualmente una liga con las potencias italianas, dirigida contra los que desertaran de la fe católica ó atacaran la autoridad de la santa sede. En 1541 emprendieron Paulo III y Carlos V negociaciones en Lucca sobre un proyecto de alianza contra los protestantes (4), y las negociaciones llegaron á término en 1546: un

(1) GRANVELLE, *Papiers d'État*, t. II, p. 402, 403, 406.

(2) DUMONT, *Corps diplomatique*, IV, I, p. 5: «Quod si pastoris vocem non audierint, Cæsarisque mandata neglexerint, et in hisce erroribus obstinati et pertinaces permanserint, tam Cæsar quam Hungariæ et Bohemiæ rex contra illos eorum potestatis vim distringent, illatamque Christo injuriam pro viribus ulciscuntur.»

(3) GUICCIARDINI, *Histoire d'Italie*, lib. XIX, c. 5.

(4) GRANVELLE, *Papiers d'État*, t. II, p. 2 y 18.

(1) BUCHHOLTZ, *Ferdinand II*, t. III, p. 432.

(2) GRANVELLE, t. 557: «En tous advenemens estans question de nostre sainte foy, est tout certain qu'il n'y a alliance quelconque que doive être en considération.»

(3) DUMONT, *Corps diplomatique*, IV, I, 399.

tratado entre el papa y el emperador encendió la primera guerra de religion. El papa se obligó á dar tropas y dinero, y el emperador á reunir todas sus fuerzas para atraer á los luteranos y á los herejes de todas las sectas á la antigua y verdadera religion y á la obediencia de la santa sede (1).

Pretenden los apologistas de Carlos V y los defensores de la Iglesia que la guerra de Smalcalda no fué una guerra de religion, sino una guerra política (2). Verdad es que Carlos V protestó en sus actos públicos de que no pensaba ejercer violencia sobre las convicciones religiosas, que quería restablecer la unidad cristiana, no por la fuerza de las armas, sino por un libre concilio; y que si se dictaba un bando contra los príncipes protestantes, no lo hacía porque fuesen protestantes, sino por ser enemigos de la autoridad imperial (3). Mas ¿se puede creer en la sinceridad de estas palabras? El emperador tenía interes en engañar á sus contemporáneos; quería dividir á los protestantes ofreciendo un pretexto á quienes la ambicion atrajese á su partido, y logró su objeto. Pero no es tan fácil seducir á la posteridad. En vano tratan los hombres de lo pasado de hacer recaer la responsabilidad de la sangre derramada sobre los enemigos de Carlos V; el texto mismo de los tratados da un mentís á las protestas públicas del jefe del imperio. En la alianza concluida en 1546 entre Carlos V y el duque de Baviera se lee "que el papa no había cesado de comprometer al emperador á recurrir á las armas contra los protestantes, porque no quedaba ya otro medio de atraerlos á la fe católica más que la fuerza," (4). Igualmente explicito es el tratado entre el emperador y el papa (5); y no vaciló Paulo III en revelar las verdaderas causas y el verdadero fin de la guerra, exhortando á todos los fieles á implorar el apoyo del cielo por la oracion y el ayuno (6). El papa tenía otros intereses que Car-

(1) RAYNALD, *Annales*, a. 1541, § 53; 1546, § 94.

(2) F. SCHLEGEL, *Vorlesungen über neuere Geschichte*, lección XIV (Op., t. XI, p. 243).

(3) Carta de Carlos V á los Suizos, en LANZ, *Correspondenz Kaisers Karl V*, t. II, p. 512, 513, 495.—Carta á las ciudades libres, *ib.*, p. 98.

(4) «Cum sanctissimus D. Paulus III cesarem majestatem seipsum hortatus sit, quo necessarium armorum remedium huic malo adhiberet...» (LANZ, *Correspondenz*, t. II, p. 649).

(5) «Ut cesarea majestas cum auxiliis pontificie sanctitatis in expeditionem educat omnes copias suas summo virium molimine adversus protestantes... ut ad veram et antiquam religionem et obsequium sedis apostolicæ revocentur» (RAYNALDI, 1546, § 94).

(6) Bula del 15 de Julio de 1546.

los V; esperaba hacer de la guerra contra los protestantes de Alemania una cruzada general contra la Reforma, y al efecto escribió á Francisco I para exhortarle á que se uniera á la coalicion: "Los protestantes, dice, hacen una herejia impia á Dios; desprecian el concilio general, cosa que ningun rey, por poderoso que fuera, ha osado hacer; sus almas son incurables. Los que no han podido ser atraidos por las palabras deben ser sometidos por la fuerza; y todos los príncipes cristianos están obligados á tomar parte en esta liga sagrada," (1). En el mismo sentido escribió Paulo III al rey de Polonia, al dux de Venecia y á los Suizos (2). El emperador se quejó del celo imprudente de su aliado, diciendo que comprometia la causa por la cual tomaba las armas (3), porque no alimentaba la vana esperanza de una cruzada contra el protestantismo. El mismo Carlos V se tomó el cuidado de explicarlos su pérdida política en sus cartas confidentiales: confiesa que la rebelion de los príncipes contra el imperio era el pretexto de la guerra, y no esperaba siquiera que esta grosera astucia engañara por mucho tiempo á los protestantes, pero contaba con que sirviera para dividirlos, ó por lo ménos, para retardar su union (4).

III.

Carlos V hizo la guerra á los protestantes como patrono de la Iglesia, como defensor de la fe (5). Bien fácil le fué triunfar de los príncipes alemanes; y si la victoria le hubiese permanecido fiel, habría perecido la Reforma. ¿Quién salvó al protestantismo? La Providencia; y bajo el punto de vista humano, la ambicion de Francisco I y de Soliman. No convertiremos en titulo de gloria para Francis-

(1) LE PLAT, *Monumenta*, III, 437.—RAYNALDI, 1546, § 96.

(2) LE PLAT, *Monumenta*, III, 439-455.—RAYNALDI, 1546, § 97 y siguientes.

(3) PALLAVICINI, *Hist. concilii Tridentini*, IX, 3, 6: «Querebatur Cæsar, pontificem scriptis ad Helvetios et ad Gallia regem literis expeditioni obfuisse, cum per eas palam fieri, bellum non ea sola gratia susceptum, ut protestantes ob contumaciam in imperium plecterentur, sed ut ad veterem religionem adigerentur.»

(4) Carta á la reina María, en LANZ, *Correspondenz*, t. II, página 488.—Carta á Fernando, *ib.*, 523, 529.

(5) Hay un dictámen en los archivos imperiales sobre la cuestion de si los protestantes, como herejes y cismáticos, pueden ser convertidos por la fuerza; y se responde que es lícito y necesario: el emperador tiene el derecho de hacerlo, como patrono y defensor de la Iglesia, y debe hacerlo, porque la herejia amenaza invadir á Alemania y á toda la cristiandad (BUCHHOLTZ, *Ferdinand*, t. V, p. 501).

co I el apoyo que prestó á los protestantes de Alemania; fué la política lo que exclusivamente le inspiró; si Carlos V hubiera querido satisfacer su sed de engrandecimiento, se habría visto al defensor de los luteranos unirse al emperador para destruirlos. Pero no es ménos cierto que la rivalidad de Francia y de la casa de Austria fué un apoyo que la Providencia prestó á la Reforma, demasiado débil para defenderse por sus solas fuerzas. Carlos V lo confesó más de una vez (1), y los contemporáneos han confirmado el hecho ántes de que se haya apoderado de él la filosofia de la historia. "La rivalidad de Francia, dice Marino Giustiniano, impide á Carlos V reducir á los protestantes por las armas; si les hiciera la guerra, vendria en ayuda de ellos Francisco I y atacaría al emperador en los Países-Bajos ó en Italia, ó lanzaría á los Turcos contra el imperio." El enviado veneciano concluye que Carlos V no podia pensar en la fuerza sino cuando estuviera seguro del apoyo ó de la neutralidad de Francia (2).

Los Turcos, esos enemigos mortales del nombre cristiano, fueron, como la ambicion de Francisco I, una arma de que se sirvió la Providencia para dar á la humanidad la libertad religiosa. Y no es esto una paradoja ni un sistema histórico basado sobre hipótesis: es positivo que el temor incesante que los Turcos inspiraban á Alemania y á Italia obligó al emperador á contemporizar con los protestantes. La gobernadora de los Países-Bajos escribió á Carlos V: "Convendría buscar un expediente en la cuestion de las herejias para quitar á los Alemanes el temor de ser castigados y corregidos; en otro caso, es de temer que opongan mayor dificultad á contribuir á esa expedicion, y seria difícil, y aun imposible, resistir á la par al Turco y castigar á los herejes," (3). Carlos V escribió á su hermano que era preciso disimular y contemporizar con los reformadores mientras tuviera que habérselas con los Turcos (4). Los protestantes se aprovecharon, por su parte, de la difícil situacion de Carlos V para arrancarle una tolerancia á lo ménos provisional (5).

(1) Carta de Carlos V á Fernando (LANZ, I, 450).—RAYNALDI, 1541, 3.

(2) ALBERI, *Relazioni*, I, 2, p. 138.

(3) LANZ, *Correspondenz*, I, 345.

(4) LANZ, *Correspondenz*, I, 432.

(5) LANZ, *Correspondenz*, II, 332: «Sin una seguridad por veinte, quince ó diez años, y no ménos, no querrán contribuir á la resistencia (contra los Turcos).»

Razon tienen, pues, los embajadores venecianos al decir que la Francia y los Turcos eran los naturales aliados de los protestantes. Más interesados los príncipes alemanes, habrían debido reconocer mejor todavía que su única esperanza estaba en la rivalidad de Francisco I y en la ambicion de Soliman; pero de tal modo les faltaba el genio político, que se les vió ayudar á su enemigo, el emperador, para combatir á Francisco I, su amigo, y llevaron la candidez hasta negociar la paz con el rey de Dinamarca, á fin de separarlo de la alianza francesa. ¿Cómo explicar esta incalificable conducta? Porque Francisco I se había ligado con Soliman contra el imperio (1), y los protestantes se resistían á ver lo que era claro como luz, que los Turcos eran un apoyo que Dios mismo les enviaba. Cuando el emperador se humilló á pagar un tributo anual al sultan para obtener una tregua, no dudaron ya los espíritus previsores de que abrigaba la intencion de destruir el protestantismo (2); pero los príncipes protestantes quedaron ciegos hasta el fin, hasta el momento mismo en que estuvieron comprometidos su existencia y el porvenir de la Reforma; y llegaron hasta rechazar las ofertas de los reyes de Inglaterra y de Francia cuando ya se armaba Carlos V. El duque de Sajonia ponía toda su confianza en Dios; olvidaba, y los Alemanes lo olvidan con harta frecuencia, que Dios no ayuda sino á los que se ayudan á sí mismos. En fin, cuando estalló la guerra, los príncipes protestantes se decidieron por el emperador, dejándose persuadir de que la religion no estaba en cuestion: esto no era ya candidez, sino necedad ó traicion.

Habría perecido la Reforma sin la violenta ambicion de Mauricio, protestante de nombre y en realidad indiferente á las querellas religiosas. Él mismo decía que habría tomado partido por el papa si en ello hubiera encontrado ventaja (3); y se le vió, despues que hubo salvado al protestantismo, hacer alianza con los obispos y con los enemigos jurados de la Reforma, cuando el interes se lo

(1) ALBERI, *Relazioni*, I, 1, p. 69-71.

(2) NAVAGERO (ALBERI, *Relazioni*, I, 1, p. 353) dice: «Credo che finora (1546) designasse di fare la impresa contro a' luterani per stirparli affatto, e pero che cercasse d'assicurarsi del Turco.»

(3) El cardenal de Augsburgo escribe en 1555: «Diceva Maurizio che se'l papa avesse voluto (es decir, si le hubiese otorgado favores) seria stato il primo ad andarli a baciar il piede a Roma, perche egli non si curava della religione, se non in quanto gli tornava a bene» (GRANVELLE, *Papiers d'État*, IV, 409). No garantizamos la anécdota, pero esos eran en efecto los sentimientos de Mauricio.

aconsejó (1); era un espíritu político que mostró una delicadeza, ó, por mejor decir, doblez, como no se habría encontrado en Alemania (2). Demasiado débil para luchar con las solas fuerzas de los protestantes contra el poderoso emperador, buscó Mauricio aliados donde había comunidad de intereses. Aunque las simpatías religiosas de Inglaterra estaban del lado del protestantismo, no podía bajo un rey niño tomar una parte seria en las luchas del continente; sólo Francia era bastante poderosa para sostener la causa de la Reforma. Mauricio negoció con Enrique II; los príncipes alemanes prometieron al rey de Francia ayudarle á recobrar el ducado de Milán, y declararon "que hallaban bien que el señor rey se apoderara de las ciudades imperiales que no fueran de la lengua germánica, como Cambray, Metz, Toul, Verdun y otras semejantes, y las guardara en calidad de vicario del santo imperio." Era una magnífica ocasión para la ambición francesa. El rey se apresuró á proclamarse el defensor de la libertad alemana, "resuelto á emplear en esta guerra todas sus fuerzas, no por su provecho particular, sino para librar á Alemania de su miserable condición y oponerse á que el emperador llevase á cabo la fundación de la monarquía que desde largo tiempo proyectaba." (3). Enrique II declaró que iba á dar la libertad á Alemania, como Flaminio había emancipado á Grecia (4). La comparación era más exacta de lo que el rey de Francia pensaba; pues si, á pesar de este pérfido defensor de su libertad, no perdió Alemania su independencia, perdió á lo menos una parte de su territorio. Empero no pagó demasiado caro el beneficio de la alianza francesa; no pudiendo salvarse por sí misma, debía aceptar el apoyo interesado de sus aliados. Los protestantes acabaron por comprender que los mismos Turcos eran sus aliados necesarios, por la justa razón de que eran los enemigos de la Casa de Austria (5).

Podemos, pues, decir, con un historiador de la Reforma, que los Turcos y la Francia salvaron el

(1) RANKE, *Deutsche Geschichte im Zeitalter der Reformation*, tomo V, p. 324.

(2) Es la observación de d'AUBIGNÉ, *Histoire universelle*, t. I, página 15.

(3) MARTIN, *Histoire de France*, t. VIII, p. 409, 410.

(4) SLEIDAN, *Hist. Reform.*, lib. XXIV.

(5) En 1547 dijo el landgrave de Hesse al embajador de Francia que no sólo deseaba la venida del Gran Señor, sino que temía que viniere demasiado tarde (RIBIER, *Lettres et Mémoires*, tomo I, p. 612).

protestantismo (1), lo cual significa que la Providencia gobierna las cosas humanas. No pensaban ciertamente los sultanes en venir en auxilio de una secta cristiana, ni los reyes que encendían hogueras en París para los partidarios de Lutero y de Calvino querían tampoco dar á Alemania la libertad religiosa; mas Dios se sirvió de su ambición egoísta para cumplir sus designios: la gloria es de Dios y no del instrumento que emplea. Si decimos que los hombres son el instrumento de los designios de Dios, no por esto pretendemos negar su libertad y su responsabilidad. En otra parte expondrémos cuál fué la política de Francia y de Turquía en el siglo XVI; baste aquí consignar que la Providencia les dejó ancho campo para perseguir el fin de su ambición: por sus intenciones y por sus actos debe juzgarlos la historia.

La lucha contra el protestantismo conduce á la paz de Augsburgo, es decir, al reconocimiento legal del protestantismo en la patria de Lutero. Los historiadores católicos han reprochado vivamente á Carlos V las concesiones que hizo á la herejía (2). Creemos que no merece tal censura, porque la paz de Augsburgo consagra un principio que el emperador no podía admitir: no era la libertad religiosa, que no se pensaba en ella todavía en medio del siglo XVI, sino la ruptura de la unidad cristiana. Ahora bien, el fin constante de Carlos V era hacer entrar á los protestantes en el seno de la Iglesia, ya por la vía de las armas, ya por la vía de un concilio; y si les otorgó alguna tolerancia, jamás fué en su pensamiento más que una concesión provisional. La paz de Augsburgo hizo más: declaró que los protestantes gozarían de la paz religiosa, aún cuando no se restableciese la unidad cristiana (3), lo cual era declararla disuelta y proclamar, por consiguiente, la decadencia del papado, cuyos destinos se ligaban íntimamente á los del imperio. Carlos V, emperador, defensor nato de la santa

(1) PLANCK, *Geschichte der protestantischen Kirche*, t. II, página 153.

(2) RAYNALDI *Annales*, a. 1555, §5: «Qua sanctione Carolus V partem de Lutheranis victoriam penitus prostravit, fructumque omnem corruptit.»

(3) El convenio de Passau establece: «Ubi autem nulla concordia consequeretur, nihil tamen secius predicatæ induciæ ad supremum concordie terminum suas habeant vires, perpetuoque valeant atque consistant.» (LE PLAT, *Monumenta*, IV, 562).— La paz de Augsburgo dice: «Und soll die strittige Religion nit anderst dan durch christliche, freundliche, friedliche Mittel und Wege zu einhelligen christlichen Verstand und Vergleichung gebracht werden.»

sede, no podía resignarse á romper la unidad cristiana; él dice y repite en sus cartas íntimas que su conciencia no se lo permite (1). Así se negó constantemente á tomar parte en las deliberaciones de la dieta de Augsburgo, y abandonó esta negociación á su hermano, el rey de los Romanos (2). Fernando mismo no firmó la paz de buena fe; tenía la segunda intención de un vencido que se resigna en apariencia á su derrota, dispuesto á comenzar de nuevo la lucha cuando las circunstancias se lo permitan. En este sentido escribió á Carlos V: «Hay que aceptar las condiciones de los protestantes á causa de Francia y de Turquía; mas cuando no haya peligro de este lado, se encontrará una buena ocasión de castigar á los rebeldes como se lo merecen.» (3). Carlos V tenía también sus restricciones mentales. Quedó extraño á la dieta de Augsburgo para que su negativa á firmar la paz sirviese de pretexto de nulidad, y aún cuidó de extender una acta auténtica, en la cual formulaba «una revocación especial y amplísima de la paz de religión, firmada de su puño y refrendada por el vice-canciller del imperio.» Quería publicarla; pero cedió á las instancias de su hermano Fernando, que le advirtió que la publicación de la protesta sería su ruina y la de sus hijos (4).

Esta protesta debe reconciliar á los católicos con Carlos V. Si no hizo más, fué porque la fuerza de las cosas era más poderosa que el emperador; pero no le faltaron buenas intenciones. Y aún así, las concesiones que se vió obligado á hacer á los protestantes de Alemania fueron para él un motivo de remordimiento; temía «haber expuesto con ello una parte de su salvación.» (5); y hasta se lamentaba, dicen, de no haber mandado á Lutero á la hoguera en 1521, á pesar del salvoconducto que

(1) Carta de Carlos V á Fernando (LANZ, III, 321): «Puesto que la dicha tregua dura, sea que haya un acuerdo sobre la dicha diferencia de religión ó no, yo quedaría obligado para después á consentir perpetuamente sin remedio la herejía, y pudiera llegar tiempo y ocasión en que mi conciencia me obligase á lo contrario, y tendré escrúpulo de ahora para entónces.» Ib., página 325. «Yo no me quiero obligar á dejar las cosas de la religión perpetuamente sin remedio.»

(2) LANZ, *Correspondenz*, t. III, p. 653.

(3) LANZ, *Correspondenz*, t. III, p. 291. Los enviados del emperador á Passau le escribieron en los mismos términos: «Aceptad, pues que es preciso, salvo castigar á los rebeldes como se lo merecen cuando se presente la ocasión.» (Ib., p. 309).

(4) Conocemos este hecho por GRANVELLA (GACHARD, *Philippe II*, t. I, Prefacio, p. 190-192).

(5) GACHARD, *Carlos V*, t. I, p. 298: «Y perdido tanta parte de mi salud.»

le había dado en Worms (1). Concebimos bien que los historiadores católicos participen de estos sentimientos: «La negligencia del emperador, dice Raynaldi, dió fuerzas á la herejía, mientras que el suplicio de Lutero y de algunos hombres habría salvado á millares de almas.» (2). Pensamientos tan estériles y culpables como todos los que alientan los partidarios de instituciones que el tiempo arrastra en su marcha progresiva. Es lamentarse de lo imposible, porque la humanidad no puede volver hácia atrás; es deplorar la vida y el movimiento, porque es una ley de la humanidad progresar y progresar siempre.

Colocándonos bajo el punto de vista del progreso, debemos condenar la política de Carlos V, y hay que negarle un puesto entre los hombres á quienes la humanidad reconocida da el título de grandes. Los neo-católicos hacen de Carlos V un ideal, «el tipo del emperador cristiano, el tipo de un grande hombre, desconocido por los hombres, el defensor de la fe y de la unidad religiosa.» (3). ¿Qué unidad cristiana es esa que Carlos V quería mantener? Es la dominación de una Iglesia exclusiva, intolerante por esencia, incompatible con la independencia de las naciones y con la libertad del espíritu humano. La gloria inmortal del protestantismo es haber roto esa falsa unidad. Carlos V quiso, pues, sostener una institución que estaba condenada á morir y que estaba ya muerta en el dominio de las ideas; y si hubiera triunfado, habría sucumbido la Reforma con los gérmenes de libertad que encerraba en su seno. Bajo este punto de vista tienen cierta razón los protestantes en maldecir la memoria del que fué su irreconciliable enemigo; y en vez de colocarlo entre los grandes, dicen que merece un puesto preferente entre los enemigos de la humanidad, añadiendo que, si hubiese abierto su alma á las nuevas ideas, habría dado la vuelta á Europa la Reforma y se habría cambiado la faz del mundo (4). No pidamos á los príncipes lo que las circunstancias en que se hallan colocados hacen imposible. Carlos V era el protector nato de la Iglesia y del cristianismo tradicional; debía, pues, ser el hombre de lo pasado,

(1) SANDOVAL, *Vida de Carlos V* (en LORENTE, *Historia de la Inquisición*, t. II, p. 156).

(2) RAYNALDI *Annales*, 1530, núm. 50.

(3) F. SCHLEGEL, *Vorlesungen über neuere Geschichte*, lec. XI (tomo XI, p. 211, 216).

(4) *Edinburgh Review*, Januar 1835, p. 92, 74, 75.